



EL ECO DE LA VETERINARIA.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

REDACTADO POR

Don Abigail Vinas y Alcañi, Don Juan Tellez Vico y Don Leoncio F. Gallego

SE PUBLICA TRES VECES AL MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, por un mes, 5 rs. por tres id. 8. En provincias, por tres id. en reales ó 22 sellos sencillos del franqueo de cartas. Ultramar y extranjero, por un año, 50.—PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: En la Administracion, calle de los Caños, número 7, cuarto bajo.—En provincias 10 casa de los corresponsales en los puntos en que los hay, ó girando letra sobre correos á favor del Administrador D. Joaquin G. y Megia, ó bien á favor de la Redaccion, sita en la calle de Colon, número 12, cuarto 4.º.—No se admite correspondencia que venga sin franquear.

ADVERTENCIA.

Se ha repartido la entrega 11 del Diccionario de M. Delwart. Es la última que se remite á los socios ó suscritores que no se hallen al corriente en sus pagos.

LIGEROS APUNTES SOBRE POBLACION Y SUBSISTENCIAS.

I.

Voy á ocuparme de algunas consideraciones acerca de la agricultura y ganadería en general, aplicadas al aumento de poblacion; porque las creo completamente olvidadas por los agricultores y ganaderos; porque debieran tenerlas presentes todos los gobiernos, sea cualquiera su color político; y porque creo, en fin, que á su vista, convendremos fácilmente en la necesidad que nos hallamos de aumentar en todo lo posible las subsistencias.

A medida que la poblacion aumenta, crecen tambien las necesidades: esto todos lo comprendemos. Desde el hombre que vive en la oscuridad, hasta aquel que constantemente aparece en los mejores círculos; así el mas ageno á la ilustracion, como el que ha penetrado en los arcanos mas profundos de la ciencia; cualquiera de estos hombres, repito, necesita alimentarse, y comprende, sin ningun esfuerzo, que una familia compuesta de dos ó de tres individuos, no tiene tantas ni tan grandes necesidades, como otra formada por ocho ó por diez. Comprende tambien, de igual manera, que una nacion, en la cual viven seis millones de habitantes, las tiene muy inferiores, en igual estado de civilizacion, á las de otra cualquiera habitada por catorce ó quince millones.

Pero entre el gran número de necesidades, que á cada momento acosan al hombre, las hay creadas por él mismo: estas son de segundo ó tercer orden, puesto que vive sin satisfacerlas. No así sucede con las impuestas por la naturaleza. Entre estas últimas se cuenta la necesidad de alimentarse, y de ella me ocuparé.

Si una provincia ó nacion cualquiera aumenta, por desgracia, en este caso, en el número de habitantes, y no se procura á la vez el crecimiento de las subsistencias, habrá de llegar infaliblemente una época en la que los individuos de aquella nacion ó provincia, que he supuesto, tengan que emigrar para alimentarse á puntos mas ó menos distantes. Esto es precisamente lo que sucede en una porcion de provincias de nuestra España, en donde se ha sobrepuesto la poblacion.

A pesar de que en la mayor parte de estas se poseen inmensos manantiales de riqueza con la posesion de excelentes terrenos, no obstante la existencia en ellas de cuantos materiales puede necesitar la industria fabril, son sin embargo estremadamente pobres, porque no se comprende ó no se quiere comprender *que la riqueza es el trabajo bien dirigido.*

El agua que corre por los rios *nada vale* si el hombre no la saca de ellos, sino construye canales de riego, sino establece fábricas en que pueda aprovecharla. Esas inmensas llanuras de Castilla y la Mancha, *nada valen* si el hombre, con el sudor de su frente, no las hace producir. Esa inmensa coleccion de minerales tan apetecidos y codiciados por los extranjeros, que encierran una gran parte de las montañas de nuestra desgraciada nacion, *nada valen* mientras allí los dejemos estar.... Hé aquí al trabajo como origen de la riqueza.—Trabajemos, pues, con inteligencia, y llegaremos á ser ricos: no tendremos que lamentar esas emigraciones que todos los años se suceden.

Si esto último no se verificase en las actuales circunstancias; si las lágrimas que ocasiona al individuo el abandono del pais natal, la separacion del seno de su familia, acaso para siempre, fuesen suficiente motivo

para destruir las emigraciones; si detenidas estas, no se procurase todavía aumentar los medios de subsistencia, entonces llegaríamos á una época infinitamente peor que la presente por dolorosa que nos parezca. ¡Tal sería aquella en que, una población raquítica y miserable, empezase á morir de hambre!!

Pero apartemos por un momento la vista, para tratar otra cuestión, de este género de consideraciones; de estas desgarradoras y acaso futuras escenas, debidas al monopolio y á la falta de ilustración del pueblo. No nos acordemos tampoco de los que, alimentándose y lucrándose con el sudor del pobre, no quieren esponer sus capitales en construir canales de riego, ó en medios fáciles de comunicación; en la adopción de nuevos sistemas agrícolas, en nada absolutamente que pueda contribuir á la desaparición, si es posible, del pauperismo. Tengamos únicamente fe en la marcha rápida de la ilustración, que aunque falte después algún individuo que se preste á aventurar su capital, lo que no quiera hacer *uno* lo harán entonces *muchos*, estableciendo en su verdadero terreno el principio de asociación.

II.

Aunque ya desde tiempos muy remotos hace uso el hombre, para satisfacer su más apremiante necesidad, de dos clases de alimentos (animales y vegetales), es bien sabido que en su origen fué esencialmente frugívoro. Sujeto á esa infinidad de leyes que lo mismo rigen á los demás animales (ó bien sea á los animales: no trato de presentarme esta vez como partidario de ninguna de las dos opiniones), nos prueba la exactitud de aquel aserto en su aparato digestivo y sobre todo en los dientes.

Pero con mayor facilidad que el habitante del Norte de la Escandinavia, se acomoda á vivir bajo el sol abrasador de la zona ecuatorial, en las islas de Sumatra ó Java; con menos trabajo todavía que el que cuesta la aclimatación de las plantas de unos en otros países, hecha por procedimientos científicos, el hombre, obligado por la necesidad, cambió en parte su modo de ser, y de frugívoro que antes era se constituyó en omnívoro.

Nada por cierto deberá de estrañarnos semejante cambio, si tenemos en cuenta las circunstancias que lo motivaron.

Si químicamente analizamos la composición íntima de los alimentos vegetales y animales, encontramos en unos y otros, generalmente hablando, los principios nutritivos de la organización del hombre; esto es, aquellos á los cuales llaman y distinguen los químicos con los nombres de *plásticos* y *respiratorios*. Pero si tomamos partes iguales de materiales alimenticios de distinta naturaleza, y químicamente los analizamos también, hallaremos: que los principios *plásticos*, que son los que real y verdaderamente pueden llamarse nutritivos, puesto que van á reponer las pérdidas que el *trabajo* hace experimentar al organismo, preponderan considerablemente en los de naturaleza animal, al paso que escasean en los alimentos vegetales.

Véase, pues, por que la organización del hombre trabajador se acomoda prontamente al uso de las carnes: en ellas encuentra lo que no hallaría en los vegetales, á no tomarlos en una cantidad que no podría digerir.

No creo haya alguno que se proponga negar la exactitud de estos principios: todos convenimos en que el hombre trabajador debe estar bien alimentado; debe alimentarse; al menos en parte, con carnes. Sin embargo, vemos con disgusto, que solo aquellos que viven

en el ocio y en el regalo; aquellos que por nada ni para nada tienen que sacrificar sus fuerzas, son los que única y exclusivamente se apoderan de los alimentos animales, á causa, sin duda alguna, de su escasez y del excesivo precio á que se venden: vemos, con mayor disgusto todavía, que ese inmenso enjambre de trabajadores á quien con desprecio se *apellida pueblo*; esos hombres productores que apenas sale el sol empiezan á agotar sus fuerzas, y continúan en el trabajo muchas veces hasta después del sol puesto; ese inmenso emjambre, repito, solo puede alimentarse con un poco de pan negro, con hojas de plantas en su mayor parte crucíferas, y con algunas legumbres que por cierto en muchos países no suelen ser muy nutritivos.

Hé aquí la principal causa de ese estado de marasmódica debilidad en que llegan á constituirse: hé aquí la causa de sus enfermedades, de su vejez y muerte prematura: hé aquí, en fin, por qué muchas familias, numerosas tal vez, se encuentran cuando menos era de esperar atendiendo á la edad, envueltas en el luto y la miseria, por la muerte estemporánea de los trabajadores que las sostenían!!!

Tales son y serán siempre las consecuencias inmediatas al aumento de población, cuando no crecen las subsistencias siquiera de un modo proporcional.

III.

Acaso al verme tratar la anterior cuestión bajo el punto de vista que lo hice, se me crea partidario y acérrimo defensor, del principio económico político de Tomás Roberto Malthus; y sin embargo no es así. Participo tanto como el que más del agradecimiento que debemos á su memoria; pero no creo en sus progresiones geométrica y aritmética: y digo que le debemos agradecimiento, porque con su sistema alarmó, y aun alarma en el día, á todas las naciones pensadoras: es el centinela, que se encuentra con la vista fija siempre en lo futuro. Solo en España se manifiesta la mayor indiferencia, á pesar de los cinco ó seis millones en que aumentó su población desde principios del presente siglo, por más censurable que esto parezca ante el mundo civilizado.

No: la ley de Malthus, no obstante la infinidad de datos estadísticos en que su autor la fundó, es una ley absurda: lo es, porque se encuentra en contradicción con aquellas consoladoras palabras de *crecite et multiplicamini et replete terram*. Es absurda, porque se sabe del modo más terminante que el aumento de las subsistencias depende constantemente de la inteligencia y del trabajo del hombre: *In sudore vultus tui vesceris pane*.

¡Oh! Desgraciados, mil veces desgraciados seríamos si las subsistencias no pudiesen crecer sino en progresión aritmética: tendríamos que atender á la no reproducción de nuestra especie: llegaríamos á dudar de la existencia de Dios; y la impura y horrible blasfemia mancharía eternamente nuestros labios!

Pero si siguiendo, como debemos, por el camino del progreso indefinido, no tenemos que temer las consecuencias inmediatas á la escasez, no así sucederá, si persistimos mucho tiempo en nuestra estúpida insensibilidad.

No hay país habitable en el mundo, á quien la naturaleza haya hecho pobre: solo la falta de amor y de ilustración de los gobiernos y gobernados, es la causa de la creciente miseria que á tantos pueblos aflige.

IV. Venes, por consiguiente, que para que el hombre pueda seguir satisfaciendo sus necesidades naturales, y hasta las que él mismo se creó, necesita fomentar la agricultura, la ganadería y la industria fabril.

Limitándome á las dos primeras, porque no está en mi propósito ocuparme de la última, ¿tropezaremos con tamañas dificultades que nos hagan retroceder una vez puestos en el camino del progreso?—Con ninguna, absolutamente con ninguna.—¿No vivimos en una nación regada por ininidad de caudalosos ríos; atravesada de altas montañas, que hacen que en puntos los mas cercanos aparezcan los mas diversos climas?—¿No poseemos deliciosas colinas é inmensas llanuras?—¿El estado actual de nuestras ciencias, no nos permite penetrar gran número de secretos de la naturaleza?

Y si tratamos de producir ganados en abundancia, ¿no puede para ello servirnos de guía ese círculo organizador y desorganizador tan perfectamente establecido en los tres reinos naturales? ¿No sabemos que el mineral pausadamente se convierte en planta, y que las plantas se trasforman en partículas constitutivas de los animales? Por último, ¿la descomposicion de los seres orgánicos, no lleva otra vez sus principios al reino mineral?

Sí: mil veces sí. Comprendemos lo ventajoso de nuestra posicion en el globo: el estudio de las ciencias físicas nos ha hecho conocer profundamente aquellas leyes.... Sin embargo, nuestra agricultura persiste estacionada; nuestra ganadería decae; y las subsistencias, por consiguiente, son cada día mas escasas.

Mientras que en otros países se establecen asociaciones entre los ganaderos hasta para la fabricacion del queso y la manteca; mientras que vemos adquirir cada día mas importancia á *La Sociedad real de Agricultura* en Inglaterra, fundarse *La de Acimatacion* en Francia, fundarse y desarrollarse *La de Fomento de la agricultura* en Bélgica, multiplicarse estrordinariamente las exposiciones y los concursos, fundarse escuelas y granjas modelo, y señalarse por los gobiernos grandes premios á los que hagan alguna mejora en ganadería; mientras que todo esto vemos, repito, los sistemas agrícolas *pastoral puro* y *de barbechos* están en España á la órden del día: se desprecian las exposiciones y las cátedras; y hasta se piensa, por algunos diputados constituyentes, en la supresion de los depósitos de caballos padres....

Triste es por cierto el porvenir nacional si, como hasta aquí, solo pensamos en *hacer tiempo para comer!*

Oviedo 5 de julio de 1836.

SATURIO L. ALVAREZ.

Reflexiones sobre la mecánica animal aplicada al caballo, por J. Mignon (Traducción de don José Presta).

DINÁMICA (1).

(CONCLUSION.)

La potencia no puede representarse por la reacción del suelo, porque ésta aumentaría entonces como

(1) Véase los números 78, 80, 81, 82, y 83 de *El Eco*.

la inclinacion de los falanges, mientras se sabe que están en razon inversa: aun mejor que la teoria lo prueba la suavidad de las reacciones en los caballos que tienen la cuartilla muy inclinada hácia atrás, y la fuerza de las sacudidas reactivas en los estaquillados o en aquellos cuya cuartilla es muy corta.

La inclinacion de los falanges no aumenta la potencia de reaccion, sino que, dando mas oblicuidad á los radios, aumentan la suma de peso, descompuesto por estos radios y dirigido perpendicularmente sobre los tendones y ligamentos posteriores. Esa inclinacion debilita el esfuerzo impulsivo, pues solo bajo la influencia de esta se produce: de esto resulta que la energía del medio opuesto á la impulsión erece en la misma proporción que esta disminuye, toda vez que aquí las fuerzas son tanto mas perpendiculares á las palancas sobre que obran, cuanto mas pronunciada se hace la inclinacion.

La reaccion del suelo es solo instantánea y la palanca continúa en su accion en cuanto hay apoyo en el pavimento.

La *resistencia* vulgarmente traducida es lo que resiste, lo que hace esfuerzo: ahora bien, los tendones no resisten, obran sobre el esfuerzo mismo, le ayudan y sostienen. La fuerza inteligente es la que calcula y gradúa su accion sobre la resistencia que hay que vencer.

Asimilar la palanca del menodillo á la de primer género es incurrir en un contra-sentido físico inesplicable, porque el brazo de la reaccion seria siempre mayor que el de los tendones activos; seria admitir el principio de que la reaccion es mayor que la accion, pues está mas favorecida.

Aquí concluyen estas reflexiones bien truncadas, bien incompletas, pero que he creído útil dar á conocer. He sobrepasado algo los límites de un simple artículo que al principio me propuse trazar: es por que en mecánica, la claridad depende en gran parte de la estension de los detalles: el pensamiento comprendido en un espacio estrecho es con frecuencia oscuro. En la naturaleza organizada la verdad es casi un problema cuya solución se oculta en los pliegues cerrados de la vida: no puede camuflarse en su investigacion mas que con luz de la inteligencia por un camino casi siempre harto largo; y despues, hay tanto que decir sobre lo que se ignora y tampoco sobre lo que se conoce, que creemos á menudo explicar por un lujo superabundante de palabras el secreto que se nos escapa. La máquina animal es tan maravillosa en su construcción, tan compleja en sus medios, tan simple en las causas que los mueven, tan inteligente en sus actos, que tentar el dar una idea de su mecanismo en pocas palabras, es querer pintar la creacion mas variada con un solo color.

TIFUS CARBUNCULAR.—LOBADO.

En la version que del *Diccionario de Delwart* estamos haciendo no se halla, como puede ha-

berse observado el artículo LOBADO; mientras que, entre los comprendidos en la entrega 12 de dicha obra, aparecerá muy en breve una descripción morbosa con el título de TIFUS CARBUNCULAR.

Sabemos perfectamente que las citadas dos enfermedades no pueden ni deben ser confundidas; y por lo mismo, nos apresuramos á advertir que no intentamos trazar un paralelo de ellas. Mas creemos asimismo que es un deber de todo traductor el señalar las razones en que funda cualquiera modificación que infiera, muy especialmente si se encuentra en el caso, en que nos hallamos nosotros, de disentir de una manera absoluta de la opinión que otro traductor haya significado; y no considerando, como no consideramos, el asunto digno de ser esplanado en la referida obra, juzguemos oportuno traer á este lugar la exposición de nuestros motivos.—De este modo conseguimos, por otra parte, el que los suscritores á nuestro periódico y no á nuestra traducción del DICCIONARIO, que posean la de don Nicolás Casas, se inicien en una cuestión que no dejará de serles importante.

Espliquémonos ya.

Don Nicolás Casas de Mendoza ha traducido el artículo LOUVET del diccionario de M. Delwart, dándole por correspondencia la voz LOBADO, y no describe afección alguna con el nombre de TIFUS CARBUNCULAR. Pues bien: nosotros hemos traducido TIFUS CARBUNCULAR por LOUVET, y hemos suprimido, por no encontrarle correspondencia en el original belga y por estar convencidos de que sería superflua, la descripción de la enfermedad llamada LOBADO en español. Y, como que las obras escritas ó traducidas por veterinarios españoles pueden muy bien ser leídas por M. Delwart y por otros veterinarios extranjeros que conozcan su DICCIONARIO, nos ha parecido de justicia salvar, en lo que podíamos, la honra y conocimientos de nuestros compañeros antepasados ó contemporáneos: porque, en efecto, al ver M. Delwart que don Nicolás Casas de Mendoza, director nada menos que de nuestra escuela superior de Veterinaria, ha traducido su artículo LOUVET por LOBADO, si le tienta el deseo de estudiar esta última afección en nuestros libros originales, va á encontrarse con que el señor Casas ha incurrido en un estúpido *quid pro quo*; y si por el jefe juzga á los súbditos con la ligereza que lo hizo Burdoni, medrados estamos entonces los que no tenemos arte ni parte en la audacia ni en la ignorancia ó torpeza de otro!

Ni se tenga por exagerado nuestro temor: que profesores españoles instruísimos han tragado ya el anzuelo; y creyendo de buena fé en la TRADUCCIÓN de don Nicolás Casas, han salido á la prensa manifestando extrañeza por la descripción hecha del LOBADO. Son estos los señores Blazquez Navarro, ó bien solo uno de ellos, don Silvestre; y en el número 77 de *El Eco* puede verse un artículo debido á su pluma, en el que se trata de fijar además el diagnóstico diferencial del tal LOBADO.

Es bien cierto que, si el señor Navarro no hubiera leído la TRADUCCIÓN de don Nicolás, jamás abrigaría el convencimiento de que Delwart, Hurtrel

d'Arboval y otros profesores eminentes tenían noticias tan erróneas de lo que en español se ha llamado LOBADO.

Haremos, pues, la crítica de la equivocación trascendental que don Nicolás ha cometido; y, para fijar bien las ideas, empezaremos por transcribir íntegro el artículo.

TIFUS CARBUNCULAR.

Con el nombre vulgar de *Loubet* se conoce en Suiza una enfermedad, que parece ser particular y comun en aquel país y que Regnier y Devillaine han observado en los caballos y los bueyes, pero mas particularmente en estos últimos. El primero de dichos autores la considera como epizootica, el segundo como enzoótica solamente; pero ambos á dos están de acuerdo en presentarla como muy grave. Nosotros vamos, dice Hurtrel d'Arboval, del cual tomamos este capítulo, á esponer los síntomas, las causas y las alteraciones patológicas reconocidas y descritas por uno y otro, segun el cuadro que ellos mismos han trazado. Diremos tambien cómo nos parece que debe nombrarse y calificarse esta afección, para formarse una idea exacta de ella, que pueda conducirnos á un método curativo conforme con su naturaleza.

Apenas el animal cae enfermo, pierde sus fuerzas, y segun que la postracion es mas ó menos pronunciada, puede juzgarse ya que la afección ha de ser mas ó menos grave. Esperimenta el animal temblores, tiene la espina dorsal rigida y sensible, quiere permanecer acostado y no se levanta sino para refrescarse, para buscar los sitios frescos; lleva la cabeza baja y las orejas caídas; está triste; sus ojos están inyectados y lagrimosos; muy caliente y seca su piel; la respiracion es frecuente y laboriosa y seguida de ijadeo cuando el mal ha hecho muchos progresos; tose frecuentemente; el aliento es fétido; el pulso acelerado, muy irregular; la lengua y el paladar están áridos y se ponen negruzcos; el apetito se pierde; las vacas no dan leche, y, lo mismo que los bueyes, cesan de rumiar; la sed es considerable; las orinas escasas, raras y encendidas; los excrementos duros y negruzcos al principio, algunas veces líquidos y sanguinolentos. En muchos animales, hácia el segundo ó tercer dia, segun Devillaine, aparecen tumores inflamatorios, bien hácia el pecho, bien sobre las vértebras del cuello y del dorso, bien en las mamas y partes genitales; y en otros, se desarrollan sobre todo el cuerpo botones como en la sarna y los furúnculos. Es raro ver todos estos síntomas en un mismo individuo; pero mientras mas numerosos son, mas maligna es la afección. Ordinariamente la enfermedad se decide al cuarto dia sobreviniendo la muerte si los síntomas son violentos y en gran número. Mas si el enfermo pasa del cuarto dia y se encuentra bien el sétimo, ya puede considerarse asegurada la curacion aun cuando la convalecencia sea larga. La abundancia de las orinas turbias y que depositan un sedimento blanquizco, los excrementos mas abundantes que en el estado natural, humedecidos y casi desprovistos de olor, la suavidad de la piel, la supuracion loable de los botones, la cesacion de la sed, la vuelta del apetito y de la rumia, son los signos precusores de la curacion; mientras que, por el contrario, la tumefaccion del vientre, los mugidos, los desfallecimientos, la debilidad, los temblores, las convulsiones, retencion de orina, diarrea y disenteria anuncian un término funesto.

La enfermedad parece mas frecuente en estío que en invierno: es menos mortífera en la primavera que

en el otoño: las localidades que abundan en pastos pantanosos la originan de preferencia. Regnier admite como causas próximas la mala calidad de las aguas que los animales beben, el forraje corrompido, los excesivos trabajos, las habitaciones muy bajas y mal aireadas, la intemperie del aire.

La abertura de los cadáveres ofrece las lesiones siguientes: tumores negruzcos, como carbonizados, muy tétidos, llenos de una serosidad rojiza, en particular los que se han desarrollado en el pecho y vientre; boca y narices áridas y un tanto negruzcas; gases de muy mal olor debajo de la piel; carne lívida pronta á entrar en putrefacción, casi sin manchas de sangre, una gran cantidad de sangre serosa y purulenta en la cavidad abdominal; pulmones desecados, llenos de tubérculos y de pequeños abscesos, sobre todo en los animales muertos despues del cuarto día; mucha serosidad rojiza entre las láminas del pericardio; el estómago y los intestinos están rojizos en varios puntos y barnizados de un moco tenaz de apariencia glerosa, etc.

Actualmente, dice Hurtrel d'Arboval, si reflexionamos acerca de las alteraciones patológicas, causas y fenómenos locales y simpáticos de la enfermedad, hallamos que está precedida de signos que anuncian la irritación de la superficie interna de las vias digestivas, tales como sed considerable, cesación del apetito, celeridad de la circulación, lengua árida y fuliginosa, fetidez del aliento, sequedad y calor de la piel, deseos de colocarse el animal en parajes frescos, etc. La abertura de los cadáveres nos manifiesta, por otra parte, en todos los individuos, señales evidentes de inflamación de la mucosa digestiva, al paso que las demás alteraciones y síntomas son variables, segun lo que de esta enfermedad se ha escrito. ¿No es pues natural, continúa, deducir que la afección es el resultado de una irritación, de una inflamación, aun violenta, de la membrana mucosa que tapiza los estómagos y los intestinos; inflamación que, por causas que nos son desconocidas, adquiere un carácter epizootico, contagioso ó no contagioso? Los fenómenos de exantemas granulares y de eflorescencias en la piel solo son síntomas de complicaciones eruptivas, resultado de la viva inflamación del tubo digestivo, y la cual reacciona simpáticamente sobre la piel.

Nosotros distamos mucho de abrigar la opinion de Hurtrel d'Arboval respecto á la naturaleza de esta enfermedad: el desarrollo de la afección, las causas que la producen, los fenómenos que la acompañan, las lesiones observadas en las autopsias cadavéricas y la prontitud con que la putrefacción se verifica, nos inducen á creer que es una enfermedad tifoidea carbuncular, con alteración profunda de los líquidos circulatorios, mas bien que una inflamación franca de las mucosas gastro-intestinales. Ignoramos la manera de ver de los autores que la han observado, respecto á su naturaleza; pero podemos afirmar que Hurtrel d'Arboval ha padecido una equivocación.

Tratamiento.

Partiendo del principio que ha establecido, Hurtrel considera el tratamiento fácil y que debe consistir en medios higiénicos y agentes medicamentosos.—Los primeros pueden ser considerados como verdaderos medios profilácticos, y su aplicación será dirigida segun el análisis de las causas, que deberá practicarse con esmero. Se tendrá pues cuidado de evitar los pastos bajos y pantanosos, de variar la alimentación, escoger la mejor agua para bebida, alojar los animales en un sitio

seco, distante de las aguas estancadas, de los estiércoles y otras causas de malos olores: procurándose establos bien ventilados, bastante capaces; de una elevación suficiente, y que estén siempre limpios, etc.—Los medios del segundo orden son igualmente simples. La enfermedad principia de una manera poco intensa, ó bien se declara con violencia: en el primer caso, un aire saludable, dieta, bebidas aciduladas, lavativas emolientes, brebajes de suero, cocimiento de cebada y semente de calabaza es lo que conviene. Si la excitación sanguínea no es considerable, se añade agua emetizada ó ligeros laxantes cuando la mucosa gástrica parece saburrosa. Pero si todo anuncia una inflamación considerable, las sangrías, especialmente las locales al rededor del vientre, deben ser empleadas al mismo tiempo, y con tanta mas actividad cuanto mas alarmantes sean los síntomas.

Admitimos con Hurtrel los medios profilácticos que propone: admitimos asimismo los del segundo orden, cuando la enfermedad principia de una manera poco intensa; pero rechazamos las grandes emisiones sanguíneas cuando empieza con mucha intensidad: creyendo, por el contrario, que son muy perjudiciales en el caso que nos ocupa, que aceleran y agravan el mal, y colocan al enfermo en un estado de postración mortal. Conviendria mas recurrir á las medicaciones tónica y anti-séptica, para resucitar las fuerzas anonadadas y reanimar una vida próxima á extinguirse.

VARIEDADES.

Leemos en el SIGLO MEDICO:

Corre el rumor de que una epizootia de las mas graves se ceba en la especie bovina del norte de Alemania, y siguiendo una marcha casi semejante á la del cólera se aproxima á nuestras fronteras y amenaza invadir las partes limítrofes de la Francia. La enfermedad, cuya aproximación se teme, ha sido llamada tífus contagioso de los animales de asta, ó mas particularmente peste de la especie bovina, sin duda por su propiedad contagiosa y su excesiva gravedad. No sería la primera vez que la peste bovina visitase la Alemania y la Francia, en donde aun están vivos sus funestos recuerdos de la época de nuestras grandes guerras, y mas particularmente de los años 1795 y 1815, en los cuales perecieron por causa de ella un número fabuloso de animales de asta; actualmente creéntanse por centenas de miles las víctimas que lleva hechas en los países que ha atravesado, particularmente en Polonia, en donde reina hace ya un año, y se asegura que la raza bovina ha quedado casi esterminada, por curarse pocos de los animales atacados.

Realmente se aterrán con motivo las poblaciones que se ven amenazadas de tan terrible calamidad; felizmente, apresurémonos á decirlo, la Francia, en cuanto al presente por lo menos, no se halla amenazada de este azote; y si el arte veterinario carece de medios para combatir la enfermedad ya declarada,

los gobiernos tienen á lo menos en las circunstancias ordinarias, el poder de preservarse del contagio, recurriendo á ciertas medidas cuya eficacia no es dudosa; segun se desprende de las diversas investigaciones sobre este asunto publicadas en el mes último, y mas especialmente de las comunicaciones dirigidas á la Academia por el señor Renault, y de un artículo muy completo inserto en el *Journal de d'agriculture pratique* por el señor Delafond, profesor de la escuela de veterinaria de Alfort.

»Las vastas estepas que cubren la Rusia meridional, los gobiernos de Crimea, Ukrania, Ekaterinoslan, Kesson, Poltaru, Kieu, etc., sostienen una especie particular de bueyes que constituyen la riqueza de estos países desherdados, y en ciertas épocas del año contribuyen á la manutencion de la Rusia central y septentrional, la Polonia, la Hungría, el Austria y aun la Prusia. Reunidos estos bueyes en grandes convoyes atraviesan un trayecto de centenares de leguas de países incultos y casi sin caminos hasta llegar á los grandes centros de poblacion que han de sostener, y adonde llegan estenuados por la fatiga y á veces diezmados por la enfermedad. Sea por el mal trato que sufren ó ya por cualquier otra causa, parece que solo en estos animales se declara espontáneamente la peste á pesar de su excelente raza; y siendo la enfermedad esencialmente contagiosa la van sembrando por todos los países que atraviesan, asolando y arruinando no solo las comarcas que han de alimentar, sino tambien aquellas en que los rusos hacen la guerra, en donde es casi seguro el desarrollo de la enfermedad entre los que acompañan los ejércitos, bien para mantenerlos ó bien para el transporte de efectos; hé aquí el motivo por qué llevando los rusos este terrible azote, vieron perecer en 1828 la especie bovina de la Turquía, é infestaron toda la Almania y la Francia en las grandes guerras del imperio.

»Esta fatal disposicion á contraer la peste parece hallarse bien establecida segun los informes de veterinarios muy instruidos que han corrido las estepas, visitado los países infestados y procurado reconocer la causa de esta desgraciada aptitud. Parece que no eran solo los bueyes de las estepas los que antes padecian la peste sin importacion; pero los progresos de la agricultura, el mejor alimento y los cuidados mas bien entendidos han relegado á la Rusia meridional la cuna de esta epizootia, desde donde invade casi todos los años los países que atraviesan los convoyes que se han mencionado. El gobierno ruso no ha tomado precauciones hasta el dia para detener la invasion del azote, ó para atacarlo en su origen. En Polonia, por ejemplo, en que la poblacion ha quedado arruinada por esta epizootia, que en un año casi ha destruido todo el ganado, es preciso el consentimiento de los propietarios para matar los animales atacados del mal ó los que han tenido contacto con ellos, y como los intereses de aquellos serian perjudicados por un proceder tan espedito, no lo consenten y el azote sigue adelante.

»No sucede lo mismo en Austria y Prusia, que es precisamente lo que mas nos conviene, porque sus

medidas, deteniendo los progresos de la epizootia, nos quitan el temor de verla penetrar entre nosotros; no solo se ha fijado un impuesto á los bueyes procedentes de Rusia, sino que se los somete á una cuarentena de 22 días, habiendo bastado estas medidas para hacer bastante rara la introduccion de los bueyes de las estepas. Cuando á pesar de todo la enfermedad ha salvado estos obstáculos, el gobierno cerca con soldados la haciendas sospechosas, mántase sobre la marcha los animales, y toda señal de epizootia es perseguida hasta su completa estincion. Sobre todo en Prusia la autoridad se muestra *justamente* severa, y de este modo la peste, que penetra en ella casi todos los años, solo hace pequeñas apariciones, preservándose la comarca de inmensas desgracias por este saludable rigor. Los gobiernos de la Alemania que nos separan de la Prusia y del Austria, piensan recurrir á iguales medidas, si lo que no es de esperar la epizootia penetrase en ella; siendo imposible que la peste bovina sea importada en Francia, é inmotivados los temores manifestados por nuestras poblaciones. Una sola circunstancia podria hacer ilusorias estas previsiones, á saber, la guerra de Alemania, pero la guerra lleva consigo tantas calamidades, que la peste referida seria quizá el menor de los males de cuantos amenazarían entonces á nuestras poblaciones.»

EL SIGLO MÉDICO inserta el presente escrito, no mas que como alegacion de un nuevo dato á favor del contagio é importacion pestilencial.

Mas, aun cuando EL SIGLO mira hasta con desprecio el que haya llegado á ponerse en tela de juicio esta especie de contagio, debemos advertir á los epidemicistas de nuevo cuño que, como en Veterinaria ha sido siempre y es posible la esperimentacion directa, desde muy antiguo tenemos ideas fijas y positivas en la materia.

Imposible parece que se discuta sobre ciertas cosas!

Por lo demás, nuestros labradores no necesitan alarmarse, ni remotamente por ahora.

IMPRESA DEL AGENTE INDUSTRIAL MINERO,

á cargo de don Vicente Maldonado.

Calle de los Caños, número 7, cuarto bajo.